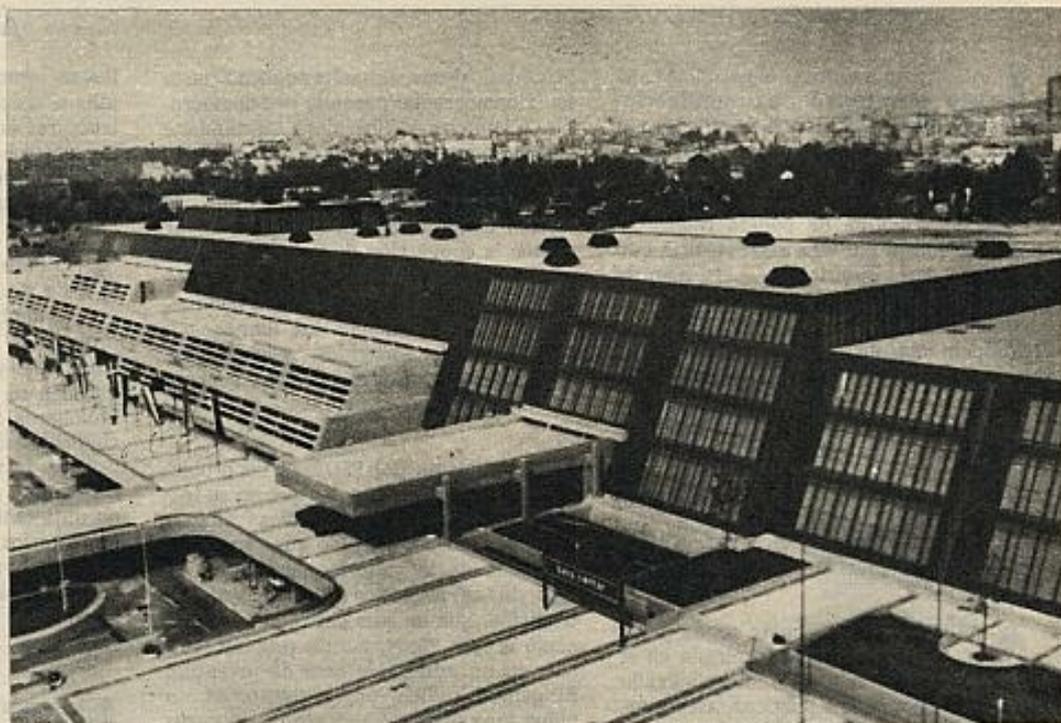


# En busca del espíritu de Helsinki

EDUARDO HARO TEGLEN

La Conferencia que se celebra estos días en Belgrado —y puede durar hasta mediados de julio— es una continuación de la que se celebró en Helsinki hace ahora dos años, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) y la preparación de otra prevista para el mes de septiembre. Se trata de examinar más o menos los resultados producidos desde entonces por el acuerdo teórico entre todos los países de Europa, más Estados Unidos y Canadá, menos Albania, sobre una serie de puntos. Se trata en esta reunión, según estaba previsto en aquélla, de "proceder a un intercambio profundo de puntos de vista referidos a la vez a la realización de las disposiciones del acta final y a la ejecución de las tareas definidas por la Conferencia, y también, en el contexto de las cuestiones tratadas por ésta, sobre la profundización de las relaciones mutuas (entre todas las naciones), la mejora de la seguridad y el desarrollo en Europa, y el desarrollo del proceso de la reducción de tensiones en el futuro". Todo parecía indicar que la Conferencia de Helsinki era el resultado de una serie de reflexiones sobre el daño causado a la Humanidad por la tensión entre dos bloques antagónicos y la necesidad de un entendimiento superior. La realidad es que nadie fue a la Conferencia libre de prejuicios ni de desconfianzas: la buena voluntad pura fue muy relativa, y acaso se limitó a algunas pequeñas naciones.

La Unión Soviética había sido la promotora de la Conferencia. La había pedido, anunciado, requerido durante muchos años. Debía ser una coronación de su política de "coexistencia pacífica". Digamos, en primer lugar, que la tensión en Europa ha inquietado siempre mucho más a la URSS que a los europeos: la OTAN es una acerada y eficiente arma manejada por los Estados Unidos en el flanco mismo de la URSS. La Unión Soviética, en sus difíciles relaciones con China, ha querido siempre descansar en Europa para poder poner toda su atención en las fronteras asiáticas (por la misma razón, China ha tratado siempre de evitar toda forma de apaciguamiento en Europa, como todo entendimiento global entre la URSS y Estados Unidos, y esa es la razón que explica la ausencia



La cuestión de los derechos del hombre será elevada nuevamente por Norteamérica a elemento central de la Conferencia de Belgrado. En la foto, vista del centro de congresos Sava, de Belgrado, donde tiene lugar la nueva Conferencia.

de Albania, pro-china). Los países del Pacto de Varsovia, o de la amplia región comunista de Europa, promovieron rápidamente esta Conferencia, sobre todo en Rumanía. Su propósito propio era distinto: reducir o anular la dominación soviética sobre sus territorios y, si fuese posible, llegar a la disolución del Pacto de Varsovia simultáneamente a la de la OTAN. Estos países encuentran que la URSS justifica esa dominación por miedo a una agresión de Europa Occidental, y precisamente esa justificación es la que se dio a la invasión de Checoslovaquia: había sido "infiltrada" por los servicios de la OTAN y podía significar una brecha grave en el Pacto de Varsovia.

Una gran parte de países europeos aceptó la Conferencia de Helsinki por un reflejo relativamente parecido con respecto a los Estados Unidos. En Europa se ha temido siempre un entendimiento global entre la URSS y los Estados Unidos que se desentienda de sus intereses, pero se ha temido también que una situación de guerra relativa entre los dos grandes países pudiera tener su escenario en Europa. Por otra parte, los países europeos llevan muchos

años queriendo tener su entendimiento propio con la URSS para propiciar unos acuerdos económicos que consigan que sea su industria la que penetre el mercado del mundo comunista y no sólo la de los Estados Unidos. Para ello necesitan la "détente" en dos vertientes: una, para evitar las prohibiciones de Estados Unidos; otra, para que la URSS pueda pensar en la necesidad de elevar el nivel de consumo de sus ciudadanos en lugar de mantener una austeridad forzada para sostener la industria militar.

En un principio, la Conferencia se había pensado para los países europeos exclusivamente. Esto es, sin la presencia de Estados Unidos. Naturalmente, no era posible. Los Estados Unidos —Nixon, luego Ford— acogieron muy mal la idea de esta reunión y la aceptaron finalmente a cambio de su presencia —con la de Canadá como pura coartada, para que no fuera Estados Unidos el único país extraeuropeo de la reunión—, y encontraron un medio excelente de paralizarla y de contenerla por dentro: el tema de los derechos humanos. Es lo que se llama "tercera cesta" —se ha dividido en "cestas" cada uno de los grandes

temas de la reunión: las otras dos serían las cuestiones militares y las económicas—, que se refiere a los "derechos humanos" o, tal como se planteó, la libre circulación de personas, ideas e información entre todos los países europeos. El tema en sí no es nuevo, y procede de los mejores tiempos de la guerra fría, del momento en que se definió a Occidente como el "mundo libre", por oposición a un mundo carcelario o concentracionario soviético. Sería largo de examinar ahora lo que tiene de real y lo que tiene de falso esa oposición. Es cierto que las naciones de la cabecera occidental ofrecían unas garantías ciudadanas y una aproximación a los derechos humanos infinitamente superior a las de la Unión Soviética de Stalin y aun de después de Stalin —con todas las reformas insuficientes que se han hecho—, pero la enorme —numéricamente— cola de Occidente estaba formada por países tiranizados y en condiciones de vida mucho más trágicas que las de la Unión Soviética: si como ejemplo se recuerda la Corea de Syngman Rhee, el Bagdad de Nuri Es Said o el Vietnam de Ngo Dinh Diem y sus sucesores, por no pasar revista a los tiranos de

Latinoamérica, se tendrá un ejemplo de lo que era el mundo libre en esa amplia base. Muchos de esos países han cambiado, generalmente por revoluciones populares: otros siguen igual y algunos se han incorporado. Todo el subconsciente americano, con alguna —y amenazada— excepción, forma hoy parte de Occidente y es esencialmente distinto a cualquier noción de "mundo libre".

Sin embargo, el arma antisoviética sigue siendo utilizada, incluso aumentada de proporción con la llegada de Carter y su encomiable obsesión por los derechos humanos. Hasta convertirse en la cuestión principal, primero de Helsinki y ahora de la revisión de Helsinki que se realiza en Belgrado. La Unión Soviética se encuentra ahora seriamente vulnerada por la cuestión. La multiplicación de "disidentes" dentro del país, las actividades de los que pueden salir a Occidente, están estimuladas por esta cuestión. En Moscú se cree firmemente que la disidencia política de los "liberales" está alentada por agentes de la CIA y de la OTAN, y subvencionada con fondos muy fuertes de los Estados Unidos. La mayor parte de estos combatientes interiores —que ejercen un auténtico heroísmo cívico— está amparada por el tema de los derechos humanos más que por críticas de la estructura del régimen. La nueva Constitución de la URSS ha sido redactada teniendo en cuenta esta cuestión, y se ha promulgado con el tiempo preciso para llegar a Belgrado; pero no ha conseguido la URSS darle una apariencia suficientemente convincente y ha defraudado. Tan inquieta está la URSS con esta resurrección del gran tema de la guerra fría que algunos países europeos, incluyendo a Alemania Federal —que es probablemente el más antisoviético de todo el bloque—, han intentado contener a Carter en su cruzada. No parece que hayan tenido demasiado éxito. Carter ha declarado: "Estimamos que un examen completo (de la cuestión de los derechos del hombre) debe ser el elemento central" de la Conferencia de Belgrado.

El interés de los países europeos en que prograse lo que se ha llamado "el espíritu de Helsinki" es el mismo que hace dos años, como lo es el de los países de la órbita del Pacto de Varsovia. Es decir, tratan de profundizar en la reducción de las tensiones, y su filosofía es perfecta: puesto que estamos condenados a vivir en paz (condenados por el "equilibrio del terror", por la imposibilidad de dirimir las cuestiones en una guerra que sería mortífera para todos), hagamos de esa condena algo positivo. La voz cantante de esta filosofía la llevan las naciones con-



Los dos años transcurridos desde la Conferencia de Helsinki son muy pocos para ver un progreso real en la reducción de la tensión entre los mundos capitalista y comunista. Sobre estas líneas, aspecto de una de las sesiones de Helsinki.

sideradas neutrales o no alineadas: Austria, Chipre, Finlandia, Liechtenstein, Malta, San Marino, Suecia, Suiza, Yugoslavia, que forman un bloque propio y que realizan consultas habituales entre sí.

En los otros aspectos, el balance de los dos años transcurridos no es más positivo que el de esta "tercera cesta". Los conflictos militares en diversos puntos del globo siguen existiendo, y siguen siendo el haz de incidentes fronterizos a escala mundial entre la URSS y los Estados Unidos, con la intervención de otras potencias como peones. Las cuestiones de

desarme siguen siendo tema exclusivo de las relaciones bilaterales entre la URSS y Estados Unidos. No estamos cerca de la desaparición consentida y mutua de los dos grandes organismos militares, la OTAN y el Pacto de Varsovia: no sólo por razones de preocupación de guerra, sino porque cada una de las dos cabezas visibles —Estados Unidos y la URSS— siguen utilizando los tratados como instrumento de cohesión en el interior de sus bloques y como sistemas de fortalecer sus alianzas. No estamos cerca de la reducción de presupuestos militares

en los países europeos, y las conversaciones generales sobre armas estratégicas alcanzan algunos aspectos positivos, pero no definitivos. En todo caso, el tema militar se escapa a las posibilidades de la Conferencia: sigue estando dominado por los cabezas de serie.

En cuanto a los posibles acuerdos económicos, siguen siendo materia de disputa visible o invisible entre los distintos países: cada uno de los occidentales trata de obtener las mejores ventajas en sus relaciones con la URSS y con los otros países comunistas. La visita de Brejnev —convertido ya en Jefe de Estado soviético, además de primer secretario del partido— se ve con celos y desconfianza por parte de los demás.

Ciertamente que los dos años transcurridos desde la Conferencia de Helsinki son muy pocos para ver un progreso real en la reducción de la tensión que lleva años imperando entre el mundo capitalista y el mundo comunista —desde la misma revolución rusa de 1917—, y que la misma existencia de esta gran asamblea es en sí un hecho positivo. El rarismo del examen de la situación no debe impedir que se consideren sus aspectos positivos, y que se trata de que el "espíritu de Helsinki" llegue a ser más significativo de lo que es ahora. ■

## Como en los viejos tiempos

# Culto al partido y a Brejnev en la URSS

JUAN ALDEBARAN

La redacción de la nueva Constitución Soviética y el nombramiento de Leonidas Brejnev como presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS (Jefatura del Estado) sin abandonar su cargo de primer secretario general del partido, son hechos simultáneos de una misma determinación política que ha definido el propio Brejnev en su breve discurso de clausura de la sesión de verano del Soviet Supremo: el refuerzo al papel preponderante del Partido Comunista de la Unión Soviética. "De acuerdo con el esquema básico de la Constitución soviética, el Partido Comunista, como partido dirigente, ha determinado y seguirá determinando las líneas políticas básicas para resolver las cuestiones capitales de la vida del Estado". Ciertamente que el PCUS no ha dejado de desempeñar siempre

este papel de dirección y de dominio, pero cierto también que en varias ocasiones se ha intentado una mayor "división de poderes" en el seno del aparato directivo del país. (Ver "La nueva Constitución soviética", en el número anterior de TRIUNFO.) El partido, a su vez, devuelve a Brejnev su amor: es bien correspondido. "Leonidas Brejnev goza de la infinita confianza y amor del Partido Comunista de la URSS y de todo el pueblo", escribe la agencia Tass, que le coloca en el Olimpo de los absolutamente grandes, tallado en la misma "madera de Lenin", un hombre "a cuyo nombre vinculan estrechamente sus aspiraciones y sueños muchos millones de seres". Los elogios de Suslov en el Soviet Supremo al proponerle para el cargo (propuesta largamente conocida de antemano y, natural-

mente, aceptada por unanimidad) han sido vibrantes y apasionados.

Volvamos al principio: hay dos hechos simultáneos con un mismo significado. La URSS vuelve a consagrar la supremacía del partido, entregando a éste la Jefatura del Estado (a la que la Constitución y los reglamentos nuevos dotan de más poder del que tenía), y el culto a la personalidad reaparece en plena fuerza. ¿Un salto atrás? En varios aspectos, una respuesta. La campaña de revisión de las doctrinas políticas de la URSS, dentro de ella, ha alcanzado límites peligrosos. Los disidentes han causado más miedo en el seno de la dirección del país de lo que representa su verdadera fuerza. Es una constante de este tipo de regímenes cerrados, y en la URSS es incluso una paranoia: el miedo del elefante al ratón. Sin